

Mocham vió 150 reses reunidas en la orilla septentrional del golfo de Siddon, al oeste del cabo Smith en la isla de Melville, y en la península que se eleva á 250 metros de altura en Tafelbergen entre Murray Inlet y Hardybai, pudo contar 70, los cuales pacían tranquilamente en un espacio de media milla alemana. En cada rebaño hay pocos machos en proporción al número de hembras; rara vez se cuentan mas de dos ó tres, ya completamente adultos; pues llegada la época del celo empeñan entre sí terribles peleas, que suelen terminar con la fuga ó muerte del vencido. Durante el verano estos animales permanecen preferentemente en las regiones septentrionales del continente americano junto á las márgenes de los rios; pero á la entrada del otoño vuelven á los bosques y pacen aquí reunidos en manadas mas numerosas, mientras antes, por el contrario, vivían mas dispersos. Con frecuencia se ven largas filas de estos animales, que atraviesan el hielo para dirigirse á otra isla mas abundante en pastos, la cual abandonan despues de haberlo devorado todo. Se ignora hasta dónde se extienden estas peregrinaciones, pues, segun han podido observar los exploradores de las regiones polares, parece que estos animales, así en verano, como en invierno, ocupan el mismo sitio en la parte mas septentrional de Groenlandia. En una llanura libre de nieve y bastante rica en pastos, situada en las inmediaciones de Dankgotthafen, á una latitud de 81° 38', vieron algunos navegantes gran número de bueyes almizclados reunidos, los cuales continuaron habitando en el mismo sitio durante el invierno, á pesar de que el frío era tan intenso, que se podía atravesar una plancha de 5 centímetros de espesor con balas de mercurio congelado, y los pobres animales se veían obligados á escarbar la nieve para poder comer la yerba oculta debajo de esta. Gracias á su extraordinaria sobriedad, se comprende que puedan resistir los terribles rigores del invierno en aquellas latitudes; véseles cruzar con lento paso la vasta estepa, cubierta de nieve, en busca de un oasis que les ofrezca seguro abrigo y alimento, y se detienen acá y allá para coger los pocos tallos de seca yerba que asoman al través de la gruesa capa de nieve. Con el derretimiento de esta comienza para nuestros animales una temporada mas tranquila y venturosa, pero no del todo exenta de cuidados; mientras en invierno podían á duras penas comer algunos líquenes, brizas de yerba y hojas de plantas sepultadas bajo la nieve, ahora se alimentan de los vegetales citados y de arbustos, que crecen en abundancia durante un cierto espacio tiempo; pero vense, en cambio, atormentados por innumerables enjambres de moscas, y tienen además que sufrir la muda del pelaje. Esta se realiza con alguna dificultad, á causa del espeso vellón que cubre su cuerpo; véseles con frecuencia revolcarse en el cieno y en los pantanos para desembarazarse de aquel, y solo cuando ha caído, pueden continuar tranquilamente su interrumpida marcha.

El período del celo comienza para estos bueyes á fines de agosto, y á fines de mayo, esto es, despues de 9 meses de gestacion, paren las vacas sus pequeñuelos, animalitos sumamente vivaces y graciosos, de los que cuidan las madres con mucha solicitud, defendiéndoles con un valor á toda prueba en caso de peligro. En una excursion emprendida en trineos por nuestros exploradores del polo encontraron en un anchuroso valle, relativamente rico en pastos, once bueyes almizclados y tres terneras que estaban paciendo tranquilamente. Algunos de estos animales dejaron en un principio que se les acercaran aquellos desconocidos, sin dar la menor señal de inquietud; pero no tardaron en emprender la fuga; por el contrario, tres de ellos, los cuales iban acompañados de dos terneras, se pusieron en actitud de defensa; estrecháronse, entre sí, inclinaron sus cabezas en ademan de acometer, y

resollaban de un modo salvaje y angustioso, sin que por eso se atrevieran á atacar de una manera formal y decidida. Los pequeñuelos estaban colocados detrás de los adultos y eran siempre rechazados por estos, cuando llevados de su curiosidad querían salir fuera del apretado grupo. Un par de ciertos disparos hicieron huir á los valientes animales, poniendo los viejos gran cuidado durante la fuga en que no se quedara rezagada ninguna de las terneras; estas, á pesar de no tener mas que unos catorce dias de existencia, corrían con sorprendente rapidez, y desaparecieron pronto de la vista de sus enemigos. Los pequeños tienen durante mucho tiempo un pelaje de color mas claro que el de los padres, siendo completamente iguales á estos despues de adultos.

Por pesados que parezcan estos rumiantes, son, sin embargo, ligeros y rápidos en sus movimientos: trepan á las rocas y pendientes escarpadas como las cabras, y se inclinan á la boca de los precipicios con la mayor serenidad y sangre fría. Ross los considera tan ágiles como los antilopes. «Era en realidad un bello espectáculo, dice Copeland, ver trepar estos animales, saltando con extraordinaria agilidad, por pendientes escarpadas y cubiertas de pedruscos, donde difícilmente hubiera encontrado un hombre lugar donde poner su planta. Como todos los animales que viven reunidos en manadas, los bueyes almizclados suelen subir á las alturas, poniéndose los unos muy cerca de los otros, de lo contrario, los de detrás correrían peligro de quedar sepultados por las piedras echadas á rodar por los de delante en sus esfuerzos para escapar á la persecucion del enemigo.» Copeland quedó sumamente admirado cuando observó por primera vez la rapidez y agilidad con que corrían los bueyes almizclados; pero creció de punto su admiracion cuando les vió mas tarde trepar á una roca de basalto de forma cónica y muy escarpada; subieron á lo alto del pico con tanta rapidez, que en menos de tres ó cuatro minutos recorrieron un espacio de 150 metros, al paso que sus perseguidores tuvieron que emplear una media hora y penosos esfuerzos para ganar la cima. Tambien en esto muestran nuestros animales tener gran afinidad con los óvidos; tan solo hay entre los bóvidos un individuo que pudiera rivalizar con ellos en punto á ligereza, y este es el yack.

Andan muy divididos los pareceres tocante á las facultades intelectuales de estos animales, divergencia que se explica perfectamente, dado que son pocos los observadores europeos que han podido examinarlos de cerca. El sentido de la vista, á causa de los ojos débiles y pequeños, parece no estar muy desarrollado, y otro tanto puede decirse del oído, pues las orejas están casi enteramente ocultas entre el pelo; á pesar de su hocico atrofiado, el olfato parece excelente, ó al menos tan fino como el de los óvidos: no tenemos datos suficientes para juzgar sobre el desarrollo del gusto y del tacto; sin embargo, no hay motivo para suponer que estos dos sentidos no alcancen igual grado de desarrollo que en los demás rumiantes. Lo mismo puede decirse tocante á su inteligencia; á la vista del hombre se muestran torpes y sin saber qué hacerse, sobre todo, aquellos que nunca ó muy raras veces tropezaron con el enemigo mortal de los animales; pero parecen formarse muy pronto exacta idea de lo temible que es este, cuando se presenta de repente en los parajes visitados á lo mas por el lobo y el oso blanco; pierden luego su confianza de antes, y conociendo el peligro que les amenaza, emprenden la fuga. Al principio, para valerse de las mismas palabras de los exploradores del polo norte, «se quedan como clavados en el suelo, miran de hito en hito al enemigo desconocido que se les acerca, y solamente despues de largas reflexiones, llegan á tomar una resolucion.» Como son tan cándidos é inexpertos, van apro-

ximándose á este para ellos extraño sér y manifiestan su admiracion por medio de varios y divertidos movimientos: así en el cabo de Filipp-Broke cuatro bueyes almizclados jugaron una muy mala pasada á Payer, echándose encima de la plancheta de este. Sin embargo, no siempre se presentan tan inofensivos y divertidos: «Cuando una familia ó rebaño de bueyes almizclados, dice una memoria de nuestros exploradores del norte, se ve de repente sorprendida, se estrechan entre sí, colocan las terneras en el centro y bajan las cabezas, como si intentaran defenderse, ó bien todos siguen precipitadamente tras el que estaba de centinela, cuando este emprende la fuga. En este caso es inútil perseguirles y emplear estratagema alguna; pues estos animales llenan sus funciones de vigilante de una manera admirable.» Los bueyes almizclados ejercerán probablemente la vigilancia al modo que las gamuzas, antilopes, cabras, carneros salvajes y otros rumiantes, con la sola diferencia que aquellos vigilan todos á la vez, y no bien uno reconoce ó cree reconocer algun peligro, échase á huir, y los demás le siguen precipitadamente. Cuando varios cazadores rodean un rebaño de manera que puedan hacer fuego en diversas direcciones, léjos de dispersarse estos animales y de emprender la fuga, se estrechan entre sí, y ofrecen de este modo un blanco mas seguro á sus enemigos. Segun esto, la caza del animal es tan fácil y tan poco peligrosa, como la presentan los exploradores del polo norte, si bien cuesta algun trabajo admitir que no es mas difícil perseguir una manada de estos animales que disparar sobre un rebaño de cabras ó vacas acostadas en las inmediaciones de una choza. «Luego que el cazador divisa á los animales, añade la citada memoria, debe echarse de bruces al suelo, poner unos cuantos cartuchos á su lado, empuñar el fusil y permanecer completamente inmóvil, sin disparar hasta tanto que, llevados de su curiosidad, se han acercado lo bastante. Si al primer tiro no cae ninguna pieza, el cazador debe continuar haciendo fuego, seguro de que verá satisfechos sus deseos.» Puede muy bien ser que alguno de nuestros exploradores haya recogido tales observaciones, que permitan dar crédito á lo que acabamos de referir tocante á la caza del animal: sin embargo, no pueden estas admitirse como generales, mayormente diciendo lo contrario las hechas por viajeros anteriores. Una herida enfurece á estos animales hasta el punto de precipitarse sobre el cazador, que debe andar muy listo para no ser derribado al suelo ó atravesado por sus agudos cuernos: buen testigo de ello Tramitz, el mas hábil cazador de entre los exploradores del norte, quien habiendo salido una vez solo á caza de bueyes almizclados, fué derribado y molido á patadas por uno de ellos, de modo que, no solo no consiguió apoderarse de pieza alguna, sino que volvió con el arma inutilizada y los vestidos destrozados. Nuestros animales, al decir de los indios, saben servirse de sus cuernos con la misma destreza que los demás bóvidos, llegando á matar con frecuencia á los lobos y á los osos.

**CAZA.**—Los esquimales persiguen con ardimiento al *umingarak*, segun ellos lo llaman, y suelen comenzar sus cacerías en el otoño. Acércanse valerosamente á los rebaños; excitan á los animales hasta que se precipitan sobre ellos, y saltando entonces ligeramente de lado, le hunden su lanza en el cuerpo. Otros les dan caza con el arco y las flechas, pero muchas veces sin éxito. El capitán Ross encontró un buey almizclado en el país de los esquimales y le persiguió con sus perros; el animal temblaba de furor, procurando herir á sus enemigos, que le evitaban con destreza; y un esquimal que iba con el capitán se sirvió de sus flechas, disparándolas desde muy cerca; pero ninguna pudo penetrar á través del espeso vellón del animal. Ross hizo fuego á pocos pasos y le atravesó el corazón. El esquimal se precipitó sobre el

buey moribundo, recogió su sangre, y mezclándola con nieve, apagó la sed.

Segun los datos de nuestros exploradores del norte, los toros mas viejos y aislados del rebaño se exponen al fuego del cazador con admirable sangre fría, aun despues de haber recibido alguna leve herida; limitanse á resguardar su cuerpo contra los tiros, inclinando su cabeza casi invulnerable y evitando toda postura en que puedan ser heridos por los ladros. Disparóse en cierta ocasion contra la frente de uno de estos animales, escudada por los enormes cuernos, con un fusil Venceslao, y á pesar de la gran potencia de esta arma, con la cual se habian atravesado de parte á parte algunos osos blancos, el animal recibió el tiro sin dar la menor señal de turbacion, habiendo la bala caído enteramente aplastada al suelo.

**USOS Y PRODUCTOS.**—El buey almizclado justifica muy bien el nombre que lleva: su carne, particularmente la del toro matado en el período del celo, está impregnada de un repugnante olor de almizcle, que impide la pueda comer toda persona de paladar delicado. La vaca y el ternero no despiden un olor tan intenso, de modo que nuestros exploradores del norte y otros europeos encontraron muy sabrosa la carne de aquella.

En los alrededores del fuerte Galles comercian los indios con la carne de los bueyes que matan: despues de cortarla en largas tiras, la ponen á secar al aire y se la venden á los cazadores de pieles. Los indios y los esquimales estiman mucho la lana y el pelo de este animal; la primera es tan fina, que podría hilarse y tejerse si se recogiera en cantidad.

Con el pelo forman los esquimales pelucas; con la cola construyen espanta-moscas, y con el cuero fabrican calzados.

## LOS BUEYES—BOS

Todos los bueyes que vamos á estudiar, pueden considerarse reunidos en un solo grupo ó formando varios géneros y sub-géneros, muy diversos los unos de los otros.

**CARACTERES.**—Además de poseer los caracteres generales y comunes á todos los bóvidos, los individuos de este grupo se caracterizan principalmente por el hocico ancho, desnudo de pelo y limitado en forma de arco por las fosas nasales, que se abren en los lados; por las pezuñas anchas y casi de una misma estructura, tanto en la parte posterior como en la anterior, y por la larga cola, provista generalmente de pelos en el extremo.

## EL YACK GRUÑÓN—PŒPHAGUS GRUNNIENS

Esta especie se conoce desde los tiempos mas remotos, pues las colas de caballo que servían de adorno á todos los jefes militares de los países del sur eran de yack. Eliano, con referencia á dichos animales, decia lo siguiente: «Los indios llevan á su rey bueyes de dos especies, unos que corren con mucha rapidez y otros que son salvajes. Su color es negro, excepto la cola, que es de un blanco brillante y sirve para hacer espanta-moscas: este animal es muy tímido y huye rápidamente. Si los perros le acosan de cerca, oculta su cola en un matorral y hace frente á sus enemigos, creyendo que si no se ve esta parte del cuerpo se le dejará tranquilo, pues sabe que solo le cazan para adquirirla. No se salva con ello el animal; le dan muerte con una flecha envenenada, le cortan dicha parte, le desuellan y dejan la carne.»

Marco Polo, Nicolo di Conti, Belon, Pennant, y otros muchos viajeros, hicieron luego mencion de este animal; Pallas dió una descripcion exacta del yack domesticado. Hasta los últimos tiempos, sin embargo, no se llegó á conocer bien